

Un siglo de sexualidad freudiana

Uriel García Varela¹

Todos tenemos la sexualidad herida. Y no podría ser de otra forma; comenzamos nuestros primeros vínculos amorosos con la experiencia del abandono que deja una marca permanente en nosotros. El objeto simplemente no permanece y, en sus irregulares apariciones, no nos ama como quisiéramos ser amados. Y es que nuestra primera vivencia de satisfacción jamás se repetirá –aunque eso no nos detiene de buscarla incansablemente; nada nos detiene en la búsqueda de ese primer objeto-. Afortunadamente cuando todo eso pasó éramos muy pequeños y ese cúmulo de experiencias sucumbió a los efectos de la represión. La represión, nuestra fiel protectora que despoja las representaciones angustiantes de la conciencia y las mantiene alejadas en aras de nuestra tranquilidad. Pero la represión no es solamente fiel, también es frágil y no le es muy difícil hacer uno o dos compromisos con lo reprimido para darle acceso nuevamente a la conciencia. Y es esperable; recordemos la ley newtoniana que dicta que siempre que un objeto ejerce una fuerza sobre un segundo objeto, éste ejerce una fuerza de igual magnitud y dirección pero en sentido opuesto sobre el primero. Y si las representaciones reprimidas son de naturaleza traumática implica que están “altamente investidas”; es decir, que tienen un monto significativamente elevado de energía que en su momento no pudo ser descargada por vías motoras o expresada en palabras (Freud, 1895). El esfuerzo de la represión es constante e implica la inversión de grandes cantidades de energía. Por supuesto que la represión, ejercida por el yo, se va a debilitar y, ni modo, lo traumático volverá. El hecho de que no vuelva idéntico sino mediante representantes auxiliares ya es bastante ganancia para el aparato psíquico ¿Acaso no? Probablemente el retorno de lo reprimido y

¹ Analista en formación, Instituto de Psicoanálisis “Dr. Ramón Parres” Asociación Psicoanalítica Mexicana.

lo reprimido son idénticos únicamente en las estructuras psicóticas o en las pesadillas más aterradoras.

En los primeros momentos de la vida se hizo un gran esfuerzo para sobrevivir y no enloquecer mediante todas las defensas que estaban al alcance de un apenas incipiente yo. Siguiendo a Winnicott, a Balint, a Mahler y a muchos otros, me seguiré refiriendo a esta etapa como pre-edípica, sin importarme lo que diga Lacan. Si bien es cierto que desde el principio de la vida hay un tercero (sea quien sea, o sea lo que sea) que modula la relación entre la madre y el bebé, no es así para la experiencia de este último; el bebé vive una relación, primero narcisista y después bipersonal. El registro del tercero se va a dar poco a poco hasta incluirlo en la constelación de sus representaciones objetales. Y cuando esto por fin pasa se instaura el Complejo de Edipo propiamente como un estructurador de la vida psíquica. Entonces, no solamente tenemos que comenzar nuestra vida amorosa con la sensación de abandono del primer objeto sino que, una vez que logramos manejarla a través de la represión, se nos presenta una nueva experiencia de abandono que además incluye la rivalidad y los celos. No es suficiente habernos resignado a que el objeto no es parte de nosotros y que no está a nuestra absoluta merced; ahora también hay que aguantar la horrorosa sensación de que el objeto prefiere a otro que no somos nosotros. ¿Cómo no vamos a tener la sexualidad jodida? Es natural que seamos celosos en nuestras relaciones futuras; “mi primer objeto me dejó por otro ¿qué me garantiza que tú no lo harás?” La realidad es que nada. El objeto está porque quiere estar y la confianza implica la tolerancia a la incertidumbre.

Pero como dije más arriba, nada de eso podemos recordar gracias a la represión. Qué fatiga, porque el trauma pre-edípico previamente reprimido fue despertado por el trauma edípico, lo que implica un esfuerzo doble para poder aislar de la consciencia esa suerte de “trauma acumulado” (*cumulative trauma*, como decía Masud Khan). Pero con dificultad y todo -y a costa del desarrollo de una franca neurosis- lo logramos. Probablemente parezca que estoy poniendo más atención a la estructura que se forma a partir de la represión y sus mecanismos subrogados y no a las que se forman a partir de la escisión, como son la psicosis y –algunos dirían- la perversión. En realidad, todos los mecanismos se presentan en todos nosotros y lo único que podemos decir es que algunos predominan en algunos momentos específicos de manera específica en cada estructura individual. Así, un neurótico “propiamente dicho” puede presentar evidentes síntomas psicóticos bajo la influencia del estrés (recordemos a Bion, quien propuso que en todos

existen partes psicóticas y partes neuróticas de la personalidad). Pero para no confundir a nadie quisiera aclarar que no estoy hablando de ninguna estructura en específico sino de cómo la sexualidad, no importa lo que ocurra, es inherentemente traumática. Tomo la represión como punto de partida pues, aquello que es enterrado es aquello que se conserva. Somos quienes somos gracias a eso que sepultamos y que no sabemos exactamente qué es.

Es interesante pensar que la palabra utilizada por Freud en su original alemán, *verdrängung*, se puede traducir también como “sustitución” además de represión. ¿Será que no solamente se excluyen ciertos elementos de la consciencia sino que también son reemplazados por otros menos peligrosos? Con razón Freud pensaba que muchos de los recuerdos que emergen como levantamiento de la represión en un proceso psicoanalítico son, en realidad, “recuerdos encubridores”. Y es que así como creamos sueños, también tenemos la extraña capacidad de crear recuerdos que cubran lagunas de los momentos más tempranos de nuestra vida. Ahora –a riesgo de parecer ocioso- cabe decir otra cosa con respecto a la elección de la palabra *verdrängung*; El prefijo *ver*, entre otros significados, puede entenderse como “acción falsa, incorrecta o defectuosa” pero a su vez como “ornar, embellecer o enriquecer”. A su vez, la palabra *drang* significa esfuerzo, apremio, afán o sed y la terminación *ung* significa que el vocablo está en femenino. En nuestra *Standard edition* argentina traducida por José Luis Echeverry, la palabra represión casi siempre viene acompañada por unos corchetes que encierran la expresión “esfuerzo de desalojo”. Tiene sentido. Pero dadas las características de la palabra misma, podemos pensar en un nuevo significado (y creo que jamás me había puesto tan lacaniano): *ver-dräng-ung*, el anhelo defectuoso (e idealizado) por lo femenino.

Aunque esto sea un mero juego lingüístico, nos habla de una verdad con respecto al desarrollo de la sexualidad; lo reprimido es lo anhelado, lo deseado y en todos los casos lo primordialmente anhelado es lo femenino, la madre. No se reprime tanto el trauma de la pérdida sino de lo perdido. Quizás por eso para muchos hombres, las mujeres son criaturas relacionadas con lo mágico y hasta lo divino. La mujer está asociada a lo desconocido y fantástico, dotada de los más extraordinarios placeres y de la más apacible calma. Es tomada como musa e inspiración; es la completud del ser imperfecto que es el hombre. Creo que esto nos abre una nueva dimensión de la sexualidad freudiana ¿Qué tal si la verdadera “falta” es la falta de lo

femenino y no de lo masculino? Nos veríamos obligados a replantearnos el “complejo de castración” que -aseguraba Freud- experimentan las niñas al dar cuenta de la diferencia sexual anatómica. Por otro lado, la idea de “falo” propuesta por Lacan como significante de completud tendría que ser sustituida por otra. Ya no podríamos decir que buscamos el “falo” porque seguiríamos haciendo alusión a que la búsqueda fundamental está en lo masculino. Y quizás no. Con esto no estoy diciendo que lo propuesto por Freud en *Algunas consecuencias psíquicas sobre la diferencia sexual anatómica* (1925) y en *La sexualidad femenina* (1931) sea obsoleto. Realmente pienso que cuando los niños dan cuenta de que existe otro ser semejante con una diferencia sutil pero evidente, es un hecho traumático y estructurante. Y desde luego que los hombres tememos perder los genitales; la angustia de castración es un hecho innegable. Pero con las mujeres es distinto. Probablemente la niña no vuelque su deseo hacia el padre porque “él sí lo tiene”. Probablemente no entre en rivalidad con la madre porque “ella no se lo dio”. Sinceramente estas ecuaciones se me hacen bastante simplistas y burdas y son, quizás, los mínimos aspectos de la obra freudiana que siempre me han resultado forzados. El complejo de Edipo en el niño es explicado por el profesor de una manera magistral, pero cuando se trata de la niña, creo que se ve bastante limitado. Afortunadamente él mismo lo reconoce y afirma que las mujeres psicoanalistas están más capacitadas que él para entender la psicología femenina. Y aunque yo no sea una dama, especularé a mi modo y desde mi experiencia.

La niña rechaza a la madre y busca al padre. Esto es un hecho y ocurre -justo como dijo el profesor Freud- después de la contemplación de la diferencia anatómica de los sexos. Pero no es porque la madre la haya privado del deseado pene sino porque al enfrentarse con su contraparte, el hombre, se reconoce por primera vez como mujer; ella es igual que la madre, la madre perdida de la infancia tempranísima. El rechazo no viene de la falta de provisión sino de la evocación de ese primer abandono estructurante. ¿Y qué le recordará a la mujer -inconscientemente, desde luego- de manera permanente el desamparo vivido en épocas tan tempranas? Su propia biología; habitar un cuerpo similar al del objeto que en primer lugar la abandonó y que ahora, en el Edipo, la rechaza por preferir al padre (o mejor dicho, al otro, como diría Lacan). Entonces, podríamos decir que la identificación de la niña con su madre es una identificación melancólica, basada en la pérdida, en lo pretérito. La identificación del niño con su padre tiene que ver con el ideal, con lo futuro, con lo que quiere ser para poder

tener a la madre (o a su representante desplazado).

Como vemos, desde esta perspectiva, el pene como órgano deseado y el “falo” como significante de completud son elementos secundarios y hasta terciarios de la configuración sexual humana. Y si la niña rechaza a la madre por reconocerla como perpetuadora de abandono (pero al mismo tiempo la desea) ¿Por qué busca al padre? No lo busca, desde luego, con la esperanza de obtener el pene sino con la ilusión de que este objeto recién hallado no lleve a cabo un alejamiento similar al del primer objeto. Yo pienso que el padre (como ser humano y no como metáfora) o un sustituto suficientemente bueno (abuelo, tío, amigo de la madre, etc.) entra en contacto –desde su inconsciente- con esta necesidad especial de la niña y durante un tiempo limitado crean juntos un espacio de unión donde, en efecto, la madre es parcialmente excluida. ¿Pero por qué la niña confiaría en el hombre si ya fue traicionada una vez? Pues la lógica más simple nos dice que al ser diferente el objeto, el resultado de la unión será seguramente distinto ¿Y en qué radica la diferencia? Nuevamente en la biología. El pene, desde esta perspectiva es un significante de diferencia y no de completud. Pero no dejo de ser freudiano y sostengo que el complejo de Edipo en la niña se sigue fundando en la desigualdad biológica. Es lo que Freud pensaba, pero no de la forma en que Freud lo pensaba.

Desde luego que de esta unión momentánea surgirá una nueva pérdida y un nuevo duelo, pues el objeto recientemente hallado, como era de esperarse, también desampara. Pero, en realidad, no desampara igual. Y es que el abandono del objeto temprano se dio en un momento de indefensión, de dependencia absoluta, y el abandono del objeto nuevo se da en condiciones de mayor madurez psíquica, capacidad elaborativa y tolerancia a la frustración. Ahora, si “quien sea el padre” fomenta una separación gradual, similar a la desilusión que hace la madre suficientemente buena con su bebé, quizás la niña realmente pueda interiorizar un objeto, que si bien se aleja, no se aleja de manera violenta. Quizás la niña vive lo que Franz Alexander llamó “experiencia emocional correctiva” y puede crear un modelo de vinculación fundado en la separación propiamente y no en la melancolía de la pérdida. Mi propuesta es que de esta manera la niña muda de objeto de amor desde la madre hasta el padre, desarrollando el amor heterosexual.

Me parece que todos los psicoanalistas estamos en el acuerdo de que los seres humanos somos constitucional y psíquicamente bisexuales y que la inclinación homosexual o heterosexual definitiva (*whatever that means*)

se determina por factores orgánicos matizados por el complejo de Edipo. Pero a pesar del desarrollo de una homosexualidad o heterosexualidad, como bien sabemos, todos mantenemos y dirigimos impulsos sexuales hacia ambos sexos, es decir, todos tenemos libido homosexual y libido heterosexual (sin importar la orientación como tal). Es interesante observar cómo muchas mujeres heterosexuales tienen gran facilidad para expresar su libido homosexual en el amor hacia sus amigas, hijas, hermanas y su propia madre. Con los hombres heterosexuales es distinto; mantenemos a raya nuestra libido homosexual y la expresamos muchas veces aplicando primero una intensa formación reactiva. Esto es algo natural, pues la mujer heterosexual tuvo que transitar por un complicadísimo proceso para pasar de su objeto de amor original, la madre, al padre. El hombre heterosexual se queda fijado desde la infancia más temprana al mismo objeto de amor. Entonces, si la orientación sexual de un hombre se fijó en la fase oral del desarrollo y la de la mujer hasta la fase fálica y la latencia, podemos decir que la sexualidad de una mujer es mucho más sofisticada y evolucionada mientras que la de un hombre es más primitiva y burda. Para prueba de esto sólo tenemos que observar los procesos de excitación en un hombre y los de una mujer en el momento de realización del acto amoroso genital.

He utilizado mucho las palabras homosexual y heterosexual, partiendo de la idea de una bisexualidad innata, pero en pleno siglo XXI tengo que dejar de ser tan simplista y vulgar. Creo que dichos conceptos nos sirven para simplificar un espectro prácticamente infinito de formas de experimentar la sexualidad. La riqueza de la sexualidad freudiana está en que no se trata de una conceptualización cerrada y en ese aspecto estoy convencido de que es tan vigente como lo fue hace un siglo. ¿Se dan cuenta de que a lo largo de este escrito he hablado mucho de sexualidad y solamente en el párrafo anterior mencioné el coito? Y es que en la sexualidad freudiana “coger” es solamente una expresión de las inagotables formas de experimentar la vida sexual. Desgraciadamente el concepto se caricaturizó con el paso del tiempo y ahora es prácticamente obligación hacer un chiste sexual cuando se habla de psicoanálisis. Pero la sexualidad que implica “coger” es solamente la sexualidad genital, y eso si existe un vínculo emocional que une a los participantes del acto –de otra forma, “coger” podría ser una acción de sexualidad fálica-.

Entonces ¿Qué es eso de la sexualidad freudiana? Pues yo la organizaría de la siguiente forma: 1) los impulsos residen en el cuerpo, 2) el cuerpo se rige bajo el principio de obtener placer y evitar el displacer, 3) el yo

encuentra al objeto, 4) los impulsos son descargados en el objeto, 5) el objeto es representado en el interior del sujeto, 6) el objeto –ahora interno– dirige el deseo, 7) el objeto real cuida del sujeto, 8) objeto y sujeto crean un vínculo emocional, 9) el sujeto buscará acciones en el mundo que le provean de placer, supervivencia y vinculación –características provistas originalmente por el objeto–. Esa es, en muy pocas palabras la sexualidad freudiana, que en ningún momento es limitante y que, por el contrario, dadas sus generalidades y universalidad tienen aplicación al entendimiento de las múltiples formas de expresión sexual que se están registrando en nuestros días.

La verdad, es que junto con la caricaturización de la sexualidad freudiana, los psicoanalistas nos fuimos olvidando de ella a lo largo del siglo pasado y parte de este. En el Congreso Internacional de la Asociación Psicoanalítica Internacional del 2011 que trató sobre la revisión de los “conceptos nucleares” del psicoanálisis (inconsciente, sueños y sexualidad) estuve en dos mesas de discusión donde tuve experiencias peculiares. Una fue con Peter Fonagy, quien nos preguntaba “¿Por qué la sexualidad es inherentemente traumática?” finalmente contestando que lo es porque nadie nos enseña cómo hacerla; aprendemos a comer con cubiertos imitando, al igual que aprendemos a hablar y a caminar. Pero el acto sexual no podemos imitarlo sino que lo vamos descubriendo en el momento mismo. Fonagy tenía un punto interesante, pero no estaba hablando de la sexualidad freudiana. Estaba hablando de la sexualidad común y corriente donde el concepto es equivalente a “coger” y sus preparativos. La sexualidad es traumática pero por la huella de pérdida que imprime y que echa a andar al aparato mental como lo expliqué al principio.

Otro día (o quizás el mismo) estaba en una mesa redonda con varios colegas de todo el mundo, incluyendo a Peter Loewenberg de la UCLA. Estábamos discutiendo sobre sexualidad y yo mencioné que discutir sobre sexualidad en un congreso con tan brillantes colegas era una actividad muy sexual. Todos rieron, pero yo no estaba bromeando. Se abrió un poco la polémica y un colega de Canadá dijo que yo tenía razón pero (y lo pondré en inglés): “*How would I tell my wife that I was in a room with 15 people having sex?*” El canadiense, al igual que Fonagy, estaba pensando en la sexualidad común y corriente. Si partimos de la idea de que en la sexualidad freudiana se juegan el placer, la supervivencia y la vinculación, entonces una discusión académica es, en efecto, sexual; leer un libro apasionante es sexual; escuchar una inspiradora pieza musical es sexual; comer una

deliciosa pizza es sexual; escribir este ensayo es sexual. Y así podría seguir.

Creo que la sexualidad freudiana se llegará a comprender hasta que se reflexione profundamente con respecto al máximo descubrimiento de Freud: la sexualidad infantil. Al mismísimo profesor le generaba mucha curiosidad la resistencia que existía (y sigue existiendo) con respecto a este hecho de la vida humana. En su presentación autobiográfica de 1925 dijo:

Se acepta, en efecto, generalmente, que la infancia es “inocente”, hallándose libre de todo impulso sexual, y que el combate contra el demonio de la “sensualidad” no comienza hasta la agitada época de la pubertad. Los casos de actividad sexual observados en sujetos infantiles eran considerados como signos de degeneración o corrupción prematura o como curiosos caprichos de la Naturaleza. Son muy pocos los descubrimientos del psicoanálisis que han tropezado con una repulsa tan general y provocado tanta indignación como la afirmación de que la función sexual se inicia con la vida misma y se manifiesta ya en la infancia por importantísimos fenómenos. Y, sin embargo, *ningún otro descubrimiento psicoanalítico puede ser demostrado tan fácil y completamente como este* (p. 37)².

Resumen

En este trabajo el autor aborda la noción de cómo, a pesar del paso del tiempo, la idea freudiana de sexualidad ha sido mal entendida, desvirtuada e incluso vulgarizada. Esto ocurre dentro del contexto de la cultura popular e incluso dentro de algunos grupos intelectuales dedicados al estudio del psicoanálisis y disciplinas afines. El autor vuelve a los principios básicos postulados por Freud que dan al concepto de sexualidad la riqueza y amplitud que originalmente le imprimió con base en sus revolucionarias intuiciones clínicas y metapsicológicas.

Palabras clave: Sexualidad; Eros; Complejo de Edipo; Castración; Libido.

Summary

In this paper the author addresses the notion of how, despite the passage of

2 Las bastardillas son mías.

time, the freudian idea of sexuality has been misunderstood, distorted and even vulgarized. This misconception occurs within the context of popular culture and even within some intelectual groups dedicated to the study of psychoanalysis and related disciplines. The auto returns to te basic principles postulated by Freud that give the concept of sexuality the richness and breadth that he originally intended based on his revolutionary clinical and metapsychological intuitions.

Keywords: Sexuality; Eros; Oedipus Complex; Castration; Libido.

Referencias Bibliográficas

- ALEXANDER, F. (1956). The principle of corrective emotional experience. En *Psychoanalytic Therapy: Principles and applications*, Nueva York: Ronald Press.
- FREUD, S. (1895). *Proyecto de psicología*. Madrid: Alianza.
- FREUD, S. (1914). Los instintos y sus destinos. En *Escritos de metapsicología*. Madrid: Alianza.
- FREUD, S. (1925). *Autobiografía*. Madrid: Alianza.
- FREUD, S. (1925). *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica*. Madrid: Alianza.
- FREUD, S. (1931). *Sobre la sexualidad femenina*. Madrid: Alianza.
- LACAN, J. (1956). Los tres tiempos del Edipo. En *El seminario 5: las formaciones del inconsciente*. Buenos Aires: Paidós